

SEMANA DE PASION EN EL CAMPO DE CRIPTANA

De nuevo en los puntos de la pluma este nombre de nuestro pueblo que centellea purísimo. Ahora del brazo de la primavera y acodados en los puentes de Marzo aguardando la Semana de Pasión que ya se velará en sus morados cuando nuestro CLAVILEÑO vuele su tercera aventura.

Pensamos que la Mancha—como paisaje, como totalidad lírica—, se afina al encaramarse ladera arriba por el pueblo de Criptana. Sin perder su sentido, su tremendo y agónico sentido, se nos sutiliza. La cal reverbera diamantina y deja de ser piedra para volverse joya. El amor y la fe se decantan en un quieto cristal de gravedad y silencio. Por eso cada amanecer hemos de preguntarnos si ha nevado la cal sobre todas las casas; por eso la Semana Santa criptanense tiene una tensa austeridad mística en las gentes, como si el oleaje de la sangre apenas pudiese estremecer el labio en un suavísimo temblor para la oración tan recogida. Este pequeño milagro de alambique nos entrega a la Mancha en su autenticidad plena.

Cuando con idéntico iluminado andar hemos buscado otros acercamientos de exaltación y amor a esta tierra preferida, nos

revelaron los molinos la perenne presencia de las eternidades de la mítica manchega. Hoy universalizan—sutilizan—su sentido buscando, lentas sus aspas, un extático signo crucificado. La sierra se hace Gólgota y allí asciende el corazón de los hombres para clavarse en un aspa de fe.

Semana Santa: La Mancha entera arrodillada el Viernes Santo sobre las piedras en oración del Campo de Criptana.

Mientras pasa Jesús muerto—¡trágicos Cristos de Castilla

*«siempre con sangre en las manos
siempre por desenclavar»*

para que sus costados sean una acusación impetuosa y el olvido nos aligere el paso!—Criptana, hincadas terca-mente las rodillas como si quisiesen dar su hueso a las piedras, pide para nuestra sucia humana tolva una rubia bendición de bondad y de bien.

VERSOS

de SAGRARIO TORRES

NUPCIAL

TENGO

como una enredadera
de bucles
en el cuello.

Tengo el alma
corriendo
esta noche,
y toda yo soy prisa
como el viento
en las ramas,
como la brisa
entre la misma brisa.

Adiós, alcoba,
lecho,
empezada sonrisa
de mi cirio
dormido.

Adiós.

¡Que me voy a cantar
las canciones más altas
de mi vida!...

En tanta oscuridad
mi palidez
será
como una larga
amarillez
de caña...

Adiós, cirio,
adiós, lecho...

¡¡Volveré con campanas
de lirios
en el cuello!...

UN POEMA

de JOSE GONZALEZ LARA

RETORNO

¡VEINTE flores blancas

brotaron de mi almendro!

Las corté por mi loca
voluntad.

El fuego
me consumió el espacio
de mi torpe momento.

Ahogué hasta la caricia.
Se me pudrió aquel beso
harto de disciplinas.

Pienso
en el retorno lírico...

Luego
seré la golondrina
que vuela hacia lo incierto.

Me peinaré las alas,
subiré a mi secreto

por la cumbre del monte
Eterno.

Veinte flores caídas
ruedan en mi cerebro;
murieron con la dicha
del huerto.

¡Veinte flores blancas
brotaron de mi almendro!

LOS días en la Mancha pasan claros, soleados y cálidos. Se contagian de esa quietud de los campos y se marchitan interminablemente. Los días son aburridos y largos. Nosotros paseamos a lo largo de los días como lo hacemos en cualquier paseo pueblerino. Los miramos, los examinamos y nos gustan. Y ellos, complacidamente, nos sonríen.

Las fiestas no son muchas en nuestra tierra. Apartamos las oficiales y sólo quedan los domingos, los santos, Navidad, Semana Santa y Feria, individual en cada pueblo. En los domingos y santos hay misa y paseo. Alguna que otra vez, procesión. En Navidad los días son más risueños, y por eso transcurren antes. Se ven belenes y se comentan. Se despide al Año Viejo y se calza y bautiza al Nuevo. Se espera a los Reyes. El tiempo lo pasamos rápidamente. En la Feria hay de todo, hasta bailes y concursos. Se estrenan trajes de verano que se empolvan, manchándose. Sin embargo, en la Semana Santa el espíritu cambia, se renueva. Los días se enlutecen de dolor y de Jesucristo. En los pechos se clavan un Jueves Santo y un Viernes Santo. La gente, esta gente manchega tan dada a hacer las cosas con placidez y desahogo, se apresura. Las procesiones han de salir a su tiempo, casi amontonadas. Quizá por esta razón todos estrenemos algo, por nimio que sea. Lo que nos pongamos el Domingo de Ramos lo hemos de llevar los demás días. Todos sacamos algo nuevo. Lo único que no sacamos nuevo es piedad, es amor al Cristo crucificado que se yergue inmenso a la luz de las velas en la noche manchega estrellada y en silencio...

Un Domingo de Ramos es alegría de olivo, de hosanna, de salutación al que ha de morir. El Lunes Santo se cubre el firmamento de nubes que unidas forjarán y dirigirán la tormenta humana sobre lo divino. Un día de Martes Santo llegará siempre lleno de pesadumbre por una traición ya cometida. Traición sin fe, sin esperanza y sin amor. Traición de Judas. Judas se extiende cadavérico en el Martes Santo. Miércoles Santo de Sane-drín, de escribas y fariseos, de conversaciones, de premeditaciones... de paga al crimen. Jueves Santo: cena última de Jesús; humildad en el lavatorio; oración pronunciada con alma. Huerto de los Olivos con olivas sin fruto.

Jesús ora. Los apóstoles duermen, el momento se acerca. Los pagados, los engañados, los deícidas llegan ya. Y la noche cruje, se estremece dolorosamente, con rabia. Y el día termina con beso de pecado y promesas incumplidas. Largo ha sido y penoso. Y amanece un Viernes Santo apuntalado con clavos, con lanzas, con muertes y con Jesús en la Cruz. El día se abre de arriba a abajo. Se rasga. La tierra se postra ante la Cruz redentora. El sol se obscurece atenorizado. La hora de nona llega y gime. Un «¡Dios mío! ¡Dios mío!» es angustiosamente pronunciado. Jesús inclina su cabeza y entrega su espíritu. El velo del templo se raja y la tierra toda tiembla. El día se emborriona, difuminándose. La tarde de primavera acaba con flores en el sepulcro, flores que se deshojan. Almas que se doblan asustadas. El día se revuelve furioso. Los hombres se han atrevido a mancharse con sangre de Jesucristo. ¡Qué poca fe!

Los hombres ven pasar una a una todas las procesiones. Algunos quizá ni hayan leído estas escenas. Otros ni las recordarán. Todos sí que ven unos días enlutecidos de sacrificio, de prendimientos y de pasión suprema. Las calles manchegas se ensanchan y los penitentes caminan a lo largo. Ya huele a primavera, a trigo, a cebada. La vida continúa y Jesús hace su sacrificio diario. Allí abajo, en la calle tortuosa y empedrada, se escucha una saeta dolorida... Es un alma que llora.

Valdepeñas y marzo 1950